

POR LOS VIEJOS TIEMPOS

PAULA NOGALES ROMERO

Jorge no debe saberlo. Me imagino su sonrisa fría, la misma que pone cuando recibe a un cliente protestón o cuando Paco, el del café, le dice sus bromas pajizas. Y yo no quiero ser la diana de esa sonrisa de hielo, increíblemente educada, tal cual un David Niven atildado y aséptico. Una vez le dije, hace tiempo, mira que eres hipócrita, cómo sonríes a ese pelmazo cuando en realidad querrías mandarlo al cuerno. Y él me miró lleno de ternura, puso cara de mono y dijo no sé qué acerca del sol en mi pelo o del color de mis mejillas, algo así. Entonces lo vi: tuve un miedo cervical, la certeza más absoluta de que no podría soportarlo, de que el día que lo viera sonreírme a mí con aquella gentileza exquisita e inhumana sería el principio del fin.

Jorge es el hombre más bueno que he conocido. Es incapaz de hacerle daño a nadie. Los amigos suelen abusar de él, y yo a veces me enfado porque en el fondo soy celosa y posesiva de una forma absolutamente infantil, aunque a él le digo que si me enfado es por su bien, para que aprenda a no ser tan blando. Yo he visto a Jorge agacharse a recoger por enésima vez el chal de una amiga borracha que gritaba que quería morir porque su novio la había dejado y que todos, t-o-d-o-s los hombres eran unos mierdas y unos hijos de mala madre; cuando ya no había en la pandilla quien prestase atención a la energúmena o, en todo caso, le lanzaban miradas asesinas, Jorge continuaba inclinándose para rescatar del lodo el precioso chal color marfil que el ingrato novio había regalado a la desgraciada, y en su gesto repetido había algo que me hacía sentir ganas de llorar, de besarlo, de darle las gracias en nombre de todas y cada una de las mujeres abandonadas y ridículas. Por entonces todavía no éramos pareja, ni siquiera salíamos a solas como amigos, al cine, a un concierto, a esas cosas. Ya la amante despechada apaciguaba sus improperios, abandonándose al tibio llanto del alcohol, y el grupo se disgregaba con una mezcla de fastidio y alivio, cuando Jorge envolvió los hombros temblorosos con el dichoso chal, te vas a enfriar, Carmen, ¿por qué no vas a casa y te echas un rato?; yo me apresuré a acompañarlos, volcando toda mi ternura en aquella histérica redimida, sólo por quedarme a solas con él, tras dejar a la chica en el portal de su casa.

En el grupo de amigos que quedábamos de los tiempos de la facultad nadie parecía conocer en pro-

fundidad a Jorge. No pertenecía al tipo de estudiante que levanta libidinosas oleadas de admiración por los pasillos; tampoco destacaba por su brillantez, ni por su ingenio: al lado de Carlos se quedaba chiquito, mientras aquél desplegaba todo su arsenal de mordaces comentarios; tampoco tenía el aire sesudo de Manolo, quien parecía ir siempre un paso más allá del último apéndice de la Espasa. Nadie recordaba exactamente en qué momento se había incorporado a la pandilla, ni de dónde provenía. Seguramente había sido presentado por un amigo de un amigo en una de aquellas fiestas confusas que jalonaban la vida universitaria. Camuflado en su natural sencillez, en su cómoda servicialidad, había llegado a ser de forma imperceptible uno más de nosotros, avalado por la inestimable ventaja de poseer un coche de segunda mano que pronto lo convirtió en imprescindible en los planes de salidas del grupo. Con el pasar de los años continuó asistiendo a los reencuentros, riendo con su risa suave las ocurrencias de los otros, las tranochadas rememoraciones de anécdotas y humoradas ya muy lejanas y de las que nunca fue el protagonista.

Carlos y yo éramos por entonces la pareja perfecta. Íbamos a todas partes juntos, sin que por ello rehuyéramos la compañía de los otros; es más, parecíamos disfrutar de la presencia de nuestro público. Carlos tenía unos ojos profundos, muy negros, y las cejas muy marcadas, lo que le daba un aire que a mí se me antojaba oriental y misterioso y que hacía volver la cabeza a más de una —aun ahora, cuando ya le clarean las sienes y se le abomba el vientre de bebedor de cerveza. Tenía también Carlos una boca burlona y temible; muchas veladas nuestras parecían auténticos asaltos pugilísticos altamente estimulantes, aunque agotadores. Yo jugaba a ser la mujer número uno, la más inteligente, la más creativa, la que no se deja vencer por los convencionalismos y tiene siempre una respuesta rápida a mil años luz de la vulgaridad al uso. Supongo que en aquellas charadas fue depositándose insensiblemente el poso de rencor mutuo que acabó por minar una relación en que no quedaban ya preguntas ni, lo que es peor, ganas de responder. Todavía hoy retomamos de cuando en cuando nuestra antigua competencia, por espíritu meramente deportivo, o por hábito, no lo sé, siempre en presencia de nuestras

amistades comunes que se sonríen divertidos y tercian, tal vez, en la conversación, como si nuestra pequeña farsa pactada, ya con irremediable sabor a tongo, los rejuveneciera de alguna manera también a ellos.

Aquella noche en que dejamos a Carmen lacrimosa y muerta de sueño en el zaguán de su casa, me sentí como una adolescente en su primera cita. No dejaba de repetirme que era absurdo aquel azoramiento ante un compañero de estudios que ya peinaba sus primeras canas, nada menos que ante el buenazo de Jorge. Éste bostezaba y consultaba su reloj mientras nos dirigíamos a su coche ahora un último modelo, flamante, y parecía ajeno por completo a mi turbación. Me preguntó, eso sí, muy amable si quería reunirme con los cuatro gatos que habían quedado tomando las últimas copas en el bar de moda, o si prefería que me alcanzara hasta mi casa. No podría decir ahora si yo también había bebido más de la cuenta o si me invadió una rebeldía pueril ante su lejanía; el caso es que me quedé plantada en la acera sin contestar, sólo por obligarlo a mirarme con preocupación, sólo por que me preguntara si estaba mareada, si me encontraba bien, si me apetecía caminar un poco para despejarnos —siempre tan considerado, se incluía en la nómina de los achispados; él, que no tomaba más que agua tónica—, aprovechando que la noche era clara y apacible. Creo que lancé algo así como un hipido y utilicé a la pobre Carmen como excusa, hay que ver, qué cerdos son los hombres, y hasta me estremecí, y él, que sabía que Carlos y yo habíamos terminado unos meses antes, y debía suponer que mi corazoncito aún sangraba, asumió su parte de culpa masculina, estando como estaba libre de toda mancha, y me acompañó en mi deambular patético por las calles solitarias de la ciudad. La luz amarillenta de las farolas destacaba su hermosa nuca —cómo no haber reparado en ella antes—, y hasta creí descubrir aromas desconocidos en la proximidad del paseo. Yo me miraba de reojo en los escaparates apagados, espiando la descomposición inevitable del maquillaje tras una noche de farra, y veía su silueta sólida y tranquila a mi lado, como si siempre hubiese estado allí, como si naturalmente tuviese que estar allí. Antes de llegar a la última farola de la calle ya había reclinado mi cabeza en su hombro, no muy alto ni muy ancho, y me moría de curiosidad por saberlo todo de él, con la urgencia de los encuentros fortuitos.

Al principio nuestras relaciones fueron totalmente clandestinas, lo que no dejaba de hacerme gracia y de preocuparme a la vez. Me hacía gracia disimular ante los conocidos comunes que Jorge y yo dormíamos juntos, porque imaginaba sus caras de sorpresa pri-

mero y de cotillas después ante semejante novedad, ante semejante cambio en mis gustos: pasar de ser la «partenaire» del protagonista absoluto que era Carlos a cohabitar con el simple extra, con el tipo más anodino del mundo. Pero la diversión condescendiente fue dejando paso a una cada vez mayor preocupación: ya no sabía si era yo la que deseaba ocultar nuestras relaciones por una estúpida sensación de desmerecimiento o si era él el que no quería darlas a conocer sabe Dios por qué motivos. Esta sospecha me ofendía y al mismo tiempo me espoleaba; yo fui la primera que me adelanté a besar su boca tierna en la penumbra de aquel callejón, y fui la primera que tomé su mano como al desgaire en medio de una de nuestras reuniones de antiguos camaradas y le solté la cursilería más epatante que se me ocurrió, mirándole fijamente a los ojos y acariciándole luego lánguidamente la nuca deseada, con lo cual el pobre quedó confundidísimo y el rumor de los comentarios de los otros —Carlos incluido, sardónico y superior como siempre— no se hizo esperar.

Poco a poco la situación se fue normalizando. Jorge sentía por mí una adoración profunda y serena que no se molestaba ya en ocultar. Volcaba en mil detalles tópicos una ternura represada de años, condensada como en esas postales que los adolescentes se regalan por el día de San Valentín, y que no dejaba de despertar una suerte de envidia en Carmen y otras amigas, chica, hay que ver, si es que te tiene en palmitas. Claro que luego venían los comentarios, no se sabe si bienintencionados, sobre la estabilidad, el amor eterno, la madurez emocional y otras cuestiones, que insensiblemente se me iban grabando aunque por el momento yo me dejara querer con una voluptuosidad perezosa e infantil. Para esa época Carlos había desaparecido del mapa, destinado a otra ciudad. Cada vez que regresaba, en navidades, por vacaciones, se reincorporaba a la pandilla con la misma brillantez de siempre, como si en él no hiciese mella la lejanía de su grupo de incondicionales, que enseguida reían sus ocurrencias. Siempre admiré en él esa cualidad de saber estar en cualquier momento como pez en el agua. Jorge se volvía opaco ante cada aparición de Carlos; sonreía distraído cuando éste y yo volvimos a establecer nuestros duelos verbales, animados por la concurrencia. Estos duelos se volvían de lo más ingeniosos y exclusivos cuando en algunas ocasiones Carlos venía acompañado por una chica, nunca la misma, siempre mucho más joven que él, a la que despellejábamos sin compasión no bien había traspuesto, aunque los componentes masculinos del grupo —hasta Manolo, ya completamente calvo y con la voz doctoral— solían formar corrillo aparte para sus comentarios particulares.

A veces Jorge llegaba a producirme un inmenso fastidio. Como en aquella ocasión en que se presentó en mi trabajo con un desmesurado ramo de rosas rojas. Yo estaba atendiendo a un cliente que no se dejaba convencer, y el jefe no dejaba de mandarme recaditos para acelerar la venta que no hacían sino entorpecer mi trabajo. Y allí estaba Jorge, con su más cálida sonrisa y su aire de pedir siempre disculpas, y una especie de jardín portátil en la mano. Parecía más bajo aún de lo que es, más empujoneado bajo las flores restallantes. El cliente puso la cara de suficiencia que suelen poner los hombres ante esas cosas de mujeres y me preguntó, se supone que galantemente, si era mi cumpleaños o aniversario. Aniversario de qué, creo que le respondí de malas pulgas. Jorge agitaba el ramo desde el vestíbulo como una bandera. Tuve que salir del despacho y encararme con él. Se me había olvidado completamente que era su cumpleaños —el de él, no el mío, y me regalaba aquel vergel y me pedía permiso, como con miedo, para invitarme a almorzar. No recuerdo qué le contesté, pero todavía veo su cara incrédula de perro apaleado, y sé que sentí una punzada dolorosa de piedad al tiempo que lo despachaba desabrida. Me quedé mirando su espalda apesadumbrada mientras se alejaba con el ramo bajo el brazo, de cualquier manera, con una rara sensación de abandono en la boca del estómago, como si algo empezara, a mi pesar, a romperse dentro de mí; deseé casi que se volviera y me gritara, me soltara alguna grosería, me echara en cara mi egoísmo, mi falta de comprensión. Lo vi tirar el ramo en un contenedor de basura. El cliente me aguardaba dentro con impaciencia.

Me enteré por Carmen —ahora feliz con su nuevo novio, un divorciado madurito con dos hijos— de que Carlos iba a volver a la ciudad. Al parecer iba a organizar una fiesta por todo lo alto para celebrar su retorno de hijo pródigo, el fin del destierro. Estaba localizando a todas las viejas amistades, un tanto dispersas con el transcurrir de los años. La fiesta iba a ser «de época», según me comentó mi amiga entre risitas, algo así como un revival de los gloriosos años universitarios, con música de los primeros setenta, vestimenta adecuada, canutos de hachís y toda la pesca. Según lo pintaba Carmen, aquel carnaval iba a ser el colmo de la diversión, hay que ir preparadas en cuerpo y espíritu, ¿eh?, ¡sobre todo en cuerpo!, no dejaba de exclamar, regocijada, recordando las ingenuas bacanales de nuestra juventud. A mí no me apetecía

mucho disfrazarme con ropas que seguramente ya no me cabrían, ni ver a mis antiguos compañeros embutidos en vestimentas inverosímiles con sus alopecias de distinto grado, fingiendo todos una vitalidad pretérita, pero Carmen me convenció de que valdría la pena sólo por ver a todo un catedrático de filosofía —¡pobre Manolo!— con pantalón de campana y suéter cuello cisne brillante. Que no falte Jorge, ¿vale?, me recomendó Carmen sin mucho convencimiento. Jorge se excluyó automáticamente del plan en cuanto se lo expuse. Eso bastó para que yo insistiera, más por cabezonería que por otra causa, parece mentira, Jorge, me vas a aguar la fiesta; si va a ser como antes, ya verás, como en los viejos tiempos, lo que nos vamos a divertir; vamos a estar todos los de la pandilla, los de siempre... Jorge negaba con la cabeza, hilvanaba unas excusas de trabajos pendientes, de madrugones perentorios. Otra vez sentí la herida roma del vacío cobrando cuerpo entre los dos. Vete tú, me dijo; yo ahí no pinto nada, tú lo sabes: es la fiesta de ustedes, de Carlos; es tu fiesta... Tuve auténticos deseos de recordarle, o quizá reprocharle, injustamente, que no teníamos niños ni nada que nos atara para impedirnos hacer lo que nos viniera en gana; de suplicarle que viniera conmigo, pero nunca le había suplicado nada y no lo hice. Además, de su boca había desaparecido la ternura; sus labios eran una línea recta. Así que cubrí mi vestido estrafalario con un abrigo y llamé un taxi por teléfono.

Carlos me acompañó hasta el portal. Insistió en llevarme a casa; todo el mundo se había marchado hacía tiempo, y yo no tenía coche. Lo rechacé cuando intentó besarme de nuevo; su aliento me daba náuseas. Lo hemos pasado bien, ¿eh, pequeña?, como en los viejos tiempos... Estaba harta de oír esa cantinela, me dolían la cabeza y los pies. Estos no son los viejos tiempos, Carlos: los viejos somos nosotros. Intentó reír y hacer algún chiste, pero de pronto lo vi abatido, perplejo, como asustado. Me dio lástima y lo besé suavemente, sólo por borrar aquella expresión de su cara. No quise decirle lo ridículo que estaba con su disfraz trasnochado, con sus frases ingeniosas y oxidadas; no quise que él me lo dijera a mí. Me sentía terriblemente cansada, y con una leve opresión en el pecho. Noté que Carlos me miraba con una especie de afecto triste y lejano. ¿En qué piensas?, me preguntó. En nada, mentí. Luego lo miré a los ojos, ya sin rencor, y le dije: Jorge no debe saberlo.